MAS ALLÁ DE LA CERCA

Escrito por Victoria Holmes
Traducción por Monki_Donki

---

*Está historia corta **NO** es canónica, fue parte de un concurso de escritura en la página oficial de LGG.*

—Tormenta Blanca, quiero que dirijas una patrulla de caza con Arenisca, Cebrado, Polvoroso y Zarpa de Fuego.

La voz de Estrella Azul sonó desde la Peña Alta, su aliento formando nubes en el aire.

La estación sin hojas había hundido sus garras en el bosque y cada hoja, cada brizna de hierba se perfilaba en escarcha plateada. Arenisca se arrastró más cerca de Polvoroso, robándole calor de su pelaje marrón oscuro.

Polvoroso tocó la punta de la oreja de Arenisca con el hocico.

—Perseguir unas ardillas nos hará entrar en calor —susurró.

Arenisca pensó que una mejor idea sería retirarse a su acogedor lecho.

Tormenta Blanca y Cebrado se reunieron con los aprendices en el túnel que salía del campamento.

—Nos dirigiremos hacia la frontera con el poblado de Dos Patas —anunció Tormenta Blanca—. Zarpa de Fuego, tú tomarás la delantera.

—¿Es porque conoce el camino? —maulló Polvoroso—. ¿Desde que vivía allí?

Los ojos de Tormenta Blanca se entrecerraron.

—Zarpa de Fuego ha sido aprendiz durante dos lunas. Es hora de que intente liderar una patrulla.

—Pero conoce el camino —murmuró Polvoroso al oído de Arenisca.

Arenisca se tragó un ronroneo de diversión.

El pequeño gato pelirrojo trotó con confianza hacia el bosque. Arenisca se preguntó qué era lo que atraía a Zarpa de Fuego: ¿Su conocimiento del territorio del Clan del Trueno o los olores familiares de su antiguo hogar?

Antes de llegar a la frontera, Tormenta Blanca vio una ardilla crujiendo una bellota.

Saltó y la mató con un hábil golpe. En lugar de levantarse después, el gran gato blanco permaneció agazapado en el suelo.

—¡Estiércol de zorro! —siseó—. Me he torcido el hombro. Cebrado, encárgate de la patrulla sin mí.

—Te acompañaré primero al campamento —maulló Cebrado. Recogió la ardilla—. Los veteranos se alegrarán de esta presa mientras esté caliente —añadió, con la voz apagada.

Tormenta Blanca asintió.

—Arenisca, tú diriges desde aquí. Dos capturas, luego vuelve al campamento.

Arenisca se irguió un poco más.

—No hay problema —respondió.

«¡A cargo de mi primera patrulla! ¡Sí!»

Los tres aprendices pronto llegaron a la cerca de madera que dividía el bosque de el poblado de Dos Patas. El corazón de Arenisca latía más rápido. ¿Debían separarse o permanecer juntos?

Polvoroso se tensó.

—¡Conejo!—, siseó.

Arenisca probó el aire. Efectivamente, había un leve olor a conejo en la brisa.

Entrecerró los ojos pero no pudo ver ninguna huella en la hierba plateada.

—No huelo nada —maulló Zarpa de Fuego—. ¿Por qué no buscamos más ardillas?

Movió la cola hacia el bosque.

—¿Te pasa algo en la nariz? —Polvoroso miró al gato pelirrojo. Se arrastró hacia adelante hasta que su nariz se presionó contra la parte inferior de la cerca—. ¡Es justo al otro lado! —susurró.

Arenisca señaló con la cabeza un abedul que sobresalía de la valla. Había un destello de pelaje blanco y esponjoso entre las ramas, pero a ella no le asustaba un Minino Casero.

—Si trepamos por ahí podremos llegar a la cerca.

Polvoroso empezó a saltar hacia el abedul pero Zarpa de Fuego se quedó atrás.

—¡Hay mejores presas en el bosque! —argumentó.

Arenisca entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que no me dices, Zarpa de Fuego? ¿Sabes dónde está?

---

*La siguiente sección fue escrita por **Shonagh**, que ganó el concurso en la categoría de 13 años o más.*

—¡N-no Nada! —exclamó Zarpa de Fuego—. Sólo creo que cazar en el poblado de Dos Patas podría ser demasiado arriesgado para nosotros los aprendices.

—¡Bueno, por suerte tenemos a un experto en asuntos de Dos Patas entre nosotros para vigilar el peligro! —se burló Polvoroso.

Normalmente, Arenisca no habría desaprovechado la oportunidad de burlarse del ex Minino Casero, pero el frío la estaba afectando, y sólo estaba irritada por las discusiones de los gatos.

Sin decir nada más, Arenisca observó el abedul hasta que pudo dar un salto bien calculado a la primera rama. La aprendiza se elevó lo suficiente como para ver el jardín de Dos Patas y vio lo que habían olido: un conejo negro y regordete que merodeaba por una zona cerrada del jardín.

De repente, un fuerte crujido sonó desde arriba, y lo siguiente que supo fue que un destello de pelusa blanca y negra se estrelló contra Arenisca, haciéndola caer al jardín de abajo.

Arenisca cayó al suelo con un ruido sordo, se recuperó rápidamente, erizándose, y se volvió hacia el parche de vibrantes plantas de Dos Patas que bordeaba la cerca, donde su atacante había caído tras ella.

Arenisca estaba debatiendo su próximo movimiento, cuando un pequeño gatito blanco con el pelaje moteado negro salió de entre los arbustos: un gato. Su suave pelaje de gatito estaba manchado de tierra y

hojas. Arenisca podía decir que se trataba de un Minino Casero: tenía la misma expresión de ojos abiertos que Zarpa de Fuego cuando Tormenta Blanca lo había traído por primera vez al campamento.

—¡Arenisca! ¿Estás bien?

Gritó una voz, sobresaltando a la aprendiz y el gatito.

Hablando del gato pelirrojo, era Zarpa de Fuego quien había saltado a la cerca de arriba. Cuando sus ojos se posaron en el Minino Casero que estaba en la hierba, una mirada pensativa cruzó su rostro. Zarpa de Fuego se relajó y saltó al jardín.

—Hola —maulló suavemente. Antes de que pudiera decir otra palabra, el gatito se erizó, enseñando los dientes.

—¡No te llevarás a Zarzamora! —siseó el gatito—. ¡Es la mascota de mis amigos! Y te arrancaré las dos orejas para protegerlo.

Arenisca vio como Zarpa de Fuego, que ahora estaba encogido dramáticamente bajo, desvió la mirada.

—¡Oh, no! ¡Nos superan! Clan del Trueno, ¡retirada! —maulló, fingiendo miedo y derrota mientras retrocedía hacia la cerca.

—¡Eso es lo que pensaba! Fuera de mi territorio! —aulló el gatito, antes de cargar contra ellos.

Siguiendo el ejemplo de Zarpa de Fuego, Arenisca se giró y saltó hacia la cerca de Dos Patas, despejándola y aterrizando juntos al otro lado.

—¿Y bien? ¿Qué pasó?

Polvoroso se acercó corriendo.

Arenisca podía decir por su pelaje esponjado y sus ojos muy abiertos que se había asustado por la emboscada. Sin embargo, *«Zarpa de Fuego fue el único lo suficientemente valiente como para venir a ayudarme con lo que fuera que había más allá de la cerca. Tal vez los Mininos Caseros no sean tan corazones de ratón después de todo».*

Arenisca y Zarpa de Fuego intercambiaron una mirada, un destello de diversión pasó entre ellos.

—¡Quizá algún día haya otro ex Minino Casero que comparta tu guarida! —bromeó, moviendo la cola hacia la cerca donde el esponjoso gatito sin duda continuaba su patrulla.

Y de algún modo, Arenisca pensó que eso *no* sería tan malo.

*La siguiente sección fue escrita por **Grace**, que ganó el concurso en la categoría de menores de 13 años.*

Arenisca no confiaba en Zarpa de Fuego. Todavía no creía que fuera realmente leal al Clan del Trueno. Y ahora su lealtad sería puesta a prueba.

—¿Y bien? ¿Por qué no deberíamos cruzar la cerca? Es la estación sin hojas, ¡y necesitamos la presa! —Arenisca exigió.

Esperó a que se acobardara, a que mostrara su debilidad de Minino Casero. Pero Zarpa de Fuego se enfrentó a ella con una serena seguridad y un maullido frío que la sorprendió. —Entrar en territorio de Dos Patas es peligroso. Podría haber un perro, o el conejo podría ser una trampa para atraernos. Los Dos Patas son impredecibles. Además, los verdaderos guerreros consiguen presas de su propio territorio —contraatacó.

Arenisca agitó la cola, molesta. Sabía que el tenía razón, pero no podía admitirlo. ¿Y si había un conejo al otro lado?

—Pasemos por encima de la cerca y veamos si hay un perro o no. Apuesto a que hay un gran conejo jugoso por allí —maulló Polvoroso—. Y tú vienes con nosotros, Zarpa de Fuego.

Arenisca enroscó sus garras en la suave corteza del abedul y se subió a una rama baja que se inclinaba hacia la cerca. Se asomó al territorio de Dos Patas y vio un gran conejo escondido entre las plantas marchitas. Bajó de un salto con Polvoroso pisándole los talones y Zarpa de Fuego detrás, miró a su alrededor y abrió la boca para probar el aire.

No había perro.

Arenisca se agachó, arrastrándose con cuidado hacia el conejo. Polvoroso daba vueltas por el otro lado y Zarpa de Fuego iba hacia la derecha. De repente, el silencio se rompió con ladridos y gruñidos, sobresaltando al conejo que echó a correr. Un gran perro blanco y negro corría hacia ellos, con la saliva colgando de su boca abierta, llena de colmillos que podían hacer crujir sus huesos como ramitas.

Zarpa de Fuego se abalanzó contra el perro, sorprendiéndolo. Arenisca aprovechó su oportunidad y arañó el lomo del perro, arrancándole trozos de espeso pelaje. Luego le mordió la pata con fuerza, y el perro soltó un aullido de dolor que pronto se convirtió en un profundo gruñido. Zarpa de Fuego le daba manotazos en el hocico, siseando. Pero mientras Arenisca no miraba, el perro extendió una pata y la arañó en el hombro.

Jadeó cuando vio la sangre salpicando el suelo, una mancha roja brillante contra la hierba plateada.

—¡Vamos Arenisca! Polvoroso ya ha cruzado la cerca. Vámonos —Zarpa de Fuego maulló sin aliento.

Soltaron al perro y volvieron a saltar la valla donde Polvoroso esperaba.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño el perro? —preguntó Polvoroso, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—Es sólo un pequeño rasguño. Iré a ver a Jaspeada cuando terminemos de cazar —respondió Arenisca temblorosamente, temblando no sólo por el frío sino por su encuentro con el perro.

—Tenías razón, Zarpa de Fuego. No deberíamos haber saltado la cerca. Pero no te equivoques. Sigues siendo un cerebro de ratón.

Atraparon dos ardillas y volvieron al campamento. Mientras pasaban por el túnel de aulagas, un pensamiento inesperado cruzó su mente.

«Tal vez Zarpa de Fuego no sea tan cerebro de ratón después de todo».